

que se resumen todas las bellezas visibles transfiguradas sobre su frente por el reflejo de la invisible belleza! . . . ¡Qué prodigiosas esculturas ha esparcido por dondequiera en este templo de la creación el cincel misterioso del divino escultor! Desde el humilde hisopo hasta la inmensa encina; desde las mas pequeñas plantas de nuestros jardines hasta los árboles gigantescos de los bosques vírgenes; y en el mundo animal desde el insecto mas diminuto hasta la mas colosal de las bestias: ¡qué variedad de líneas, qué elegancia de formas, qué pureza de diseño, qué prodigio de proporciones, qué perfección de pormenores y qué armonía de conjunto! En una palabra, al lado de las obras maestras de arquitectura y de pintura ¡qué obras maestras de escultura! Y del fondo de todos estos seres tan divinamente contruidos, pintados y esculpidos por la mano del divino artista ¡qué música resuena así en el movimiento que los arrebatara como en las brisas que los recorren! Música á ninguna otra semejante, vasta como el espacio, perpétua como la duración, grande como la creación: música verdaderamente universal en que se mezclan todas las voces, en que vibran todas las cuerdas, en que se estremecen todos los soplos, en que resuenan todos los rumores y en que todo ser creado deja oír, mas ó menos escuchado y mas ó menos percibido, su himno al Creador.

¡Gran Dios: cuán bellos son estos espectáculos, cuán bellas estas armonías! ¡Oh si pudiésemos oír á la vez todos estos conciertos que no se callan ni de día ni de noche, de un cabo al otro de la creación; desde el zumbido del imperceptible insecto en un rayo de sol hasta los tremendos rugidos del león en el fondo del bosque, y desde la quejosa melodía del arroyuelo que murmura hasta la voz aterradora del trueno en medio de la mugiente tempestad! ¡Oh si pudiésemos tambien abrazar en el horizonte con una

mirada extensa como el Universo todas esas arquitecturas, todas esas pinturas, todas esas esculturas, todos esos espectáculos de la belleza creada; si pudiésemos en un momento ver, oír, gustar y respirar todas esas poesías de la tierra y el cielo! ¡Gran Dios! ¡Qué encanto, qué arrobamiento, qué éxtasis experimentaríamos aun en vista de estas bellezas terrestres á pesar de lo limitado y de la imperfección inherente á su creación misma!

Pero no; ver todos estos espectáculos, oír todas estas armonías, ¡imposible, imposible! Así como nuestra mirada no puede descubrir sino algunos rayos de esta belleza que reluce en el Universo, tampoco pueden llegar á nuestro oído sino algunos ecos de sus armonías. Así como hay para nosotros un horizonte de la vista que nos impide ver todo en los espectáculos que nos muestra la creación, así tambien existe un horizonte del oído que nos impide escuchar todo en los conciertos que esta nos canta.

Y aun cuando tuviésemos la facultad doble de ver todo lo que se muestra bajo el sol y de oír todo lo que resuena en el seno de la naturaleza, ¿cómo con los instrumentos que Dios nos da podríamos reproducir todos estos espectáculos contemplados, todas las armonías escuchadas? ¿Dónde encontrar los planos, los materiales y las máquinas para reproducir todas estas arquitecturas? ¿Dónde hallar el cincel para imitar todas estas esculturas? ¿Dónde los colores y los pinceles para reproducir todas estas pinturas? ¿Dónde instrumentos y voces para dejar oír ecos dignos de estos cantos de la naturaleza? . . . ¿Cómo con pocas cuerdas, una caña, algunas moléculas de madera, de cobre ó de acero, con un instrumento cualquiera por bien acordado que sea, cómo remedar el gemido de la mar contra la playa y el mugido de las olas en la tempestad, el canto de las hojas que se agitan al paso de la brisa, el suspiro

misterioso de todas las plantas que vegetan y florecen en la naturaleza? Sobre todo, ¿cómo imitar de alguna manera ese canto de las esferas celestes que Dios oye marchar en el espacio y que creaturas dotadas de una organizacion diversa de la nuestra, quizás tambien escucharían?...

No importa; si no podemos ver toda belleza que reluce; si no podemos oír toda armonía que resuena; si no podemos reproducir todos estos espectáculos ni repetir todos estos conciertos, al ménos podemos en parte verlos, oírlos y expresarlos. Estos espectáculos y estos conciertos, si somos artistas, nos traen de grado ó fuerza juntamente con el encanto, el amor de la belleza creada; experimentamos la necesidad de delinear estas visiones que nos encantan y de repetir estas armonías que nos extasían; y tenemos la ambicion de echar en nuestras creaciones humanas, una imagen de esta belleza que es la obra de Dios. Porque si Dios es un artista divino que lleva en sí mismo el modelo eterno de las bellezas que crea en el tiempo, el artista á su vez es un creador humano, cuya gloria consiste en comprender y reproducir algo de la obra divina.

¿Pero cómo? ¿Cómo imita el hombre artista en sus creaciones las creaciones divinas? ¿Es por acaso mirando únicamente estas obras creadas tal como se desplagan á su vista? No: es mirando como Dios, en Dios mismo su arquetipo eterno; es contemplando de una manera mas ó ménos distinta en su Verbo divino, el modelo increado de sus obras creadas. ¡Oh nó! No creais que nuestro artista creador se limita á la reproduccion exacta del ser creado que tiene á su vista. ¡Oh nó! No abajeis la majestad de esta potencia creadora hasta no ver en ella mas que el calco ó la fotografía de la realidad *tal cual es*. Sería destituir al artista de su dignidad y de su ministerio; sería quitarle su fisonomía, su gloria y su corona.

¿Qué digo? sería aniquilarlo á él mismo. ¡Ah! La mirada de nuestro artista, creedlo bien, vé mas allá de todos los espectáculos de la creacion espectáculos aun mas bellos; y su oído, me engaño, su alma escucha, mas allá de todos los conciertos de este mundo, melodías aún mas bellas.

Sí, el artista pintor ó escultor en la hora radiante de su inspiracion, vé aun en la oscuridad de la noche pasar y repasar delante de él formas y bellezas que borran á sus ojos todas las bellezas de la tierra, formas aereas, visiones encantadoras, pero fugitivas, que iluminan y encantan su génio y que parecen no mostrarse mas que para desafiario á que las pinte tales cual se le han aparecido. ¡Ah: es que aun á través de todas las sombras de la tierra, nuestro artista creador vé brillar su ideal! Y el artista músico, en la hora de la inspiracion, aun enmedio del silencio oye voces que cantan en el fondo de su alma inefables conciertos. Porque, para él, el silencio tiene cantos; y todas las voces que oye en la creacion viviente ó inanimada no pueden dar una idea de ese concierto íntimo que escucha dentro de sí mismo. ¡Ah: es que mas allá de toda música real que resuena enmedio del ruido, escucha la música ideal!... Es que segun la bella expresion de uno de nuestros artistas poetas:

“Escucha ese silencio en que habla el ideal” (1)  
Y él tambien puede decir de sí mismo:  
“Enmedio á aquel silencio placentero  
Escuchaba brotar, extasiado,  
De armonías sin fin rico venero.”

Pero ¡ay! cuando el músico quiere hacer salir del instrumento inanimado que vibra bajo sus dedos, ó de las cuerdas conmovidas de su viva voz, algo de

(1) Víctor de Laprade.

esta música que escucha en el fondo de sí mismo, siente que no hace resonar exteriormente mas que débiles ecos de lo que escuchaba en su interior, y que sus esfuerzos, aun los mas felices, no consiguen sino perturbar para él mismo con sonidos rebeldes esas melodías inateriales que parecen desconcertarse al pedir á la materia que las haga resonar. Tambien nuestro artista pintor ó escultor, cuando tomando el lápiz ó el cincel se esfuerza por reproducir, fijándolas, esas imágenes que ha visto pasar ante su mirada interior, ¡ay! siente que no hace mas que oscurecer con la sombra de su instrumento y de su mano la luz de ese ideal que brillaba hacía un instante tan esplendoroso y tan puro en el cielo de su pensamiento!

¡Ah! Lo comprendo: si las artes son incapaces de representar aun toda la naturaleza y toda la realidad; si como acabamos de decirlo, la palabra, el color, el sonido, el cincel, el pincel, todos los órganos mas manejables y mas ingeniosos del arte no pueden ni reproducir todos los espectáculos, ni repetir todos los cantos de la creacion; ¿qué será, pues, cuando se trata de pintar, de representar, de reproducir, de expresar el ideal ó á lo ménos una imagen de éste?... ¿Qué será cuando el artista se esfuerza por hacer esta imagen tan bella en su obra como lo es dentro de sí mismo? Un escritor que posee el gran sentimiento del arte, ha dicho: "lo que hay mas bello y mas divino en el corazon del hombre jamas sale de él; entre lo que se siente y lo que se expresa, hay la misma diferencia que entre el alma humana y las veinticuatro letras del alfabeto." (1) Lo que el escritor dice aquí de la palabra que expresa el alma humana, se puede decir de todo artista que se esfuerza por representar el ideal que lo seduce, lo en-

(1) Lamartine.

canta y lo atrae. ¡Ah! Es que entre el ideal tras que corre y los instrumentos de que se sirve, siente el artista no sé qué desproporcion infinita; es que su génio mide con terror la distancia que media entre lo bello que concibe y la obra que realiza. Débil como es y apegado como se siente á la superficie de la tierra, penetra, por medio de intuiciones mas ó ménos distintas, en las profundidades mismas de Dios; mira como con una mirada extática ese arquetipo de las cosas que Dios mismo contempla al darles la existencia; y esta potencia de ver y esta impotencia de expresar lo que vé, le produce inefables goces é inefables tristezas.

De aquí es que en toda gran creacion del arte hay dos momentos solemnes, dos horas que traen al artista creador sentimientos bien diferentes: la hora de la concepcion y la hora del alumbramiento; la hora de la inspiracion y la hora de la ejecucion; la hora en que ve pasar en el cielo del ideal la imagen de la belleza, y la hora en que quiere dar á su obra la forma de esta belleza soñada por su génio. ¡Ah, señores! Recojámonos un momento y contemplemos en el alma del artista ese misterio de gozo y ese misterio de dolor; contemplacion para quien sabe ver y comprender, mas conmovedora aún que la contemplacion de sus obras maestras.

Hay en las creaciones realizadas por el génio del arte, una hora sin igual, un momento incomparable para el artista, es lo que se puede llamar el paso del astro. Mirad á nuestro artista en la hora en que por la vez primera ve despuntar en el fondo del infinito, la idea primera de su obra. El astro de la eterna belleza sube poco á poco á los lejanos horizontes de su pensamiento creador. No es al principio mas que un crepúsculo; luego es la aurora, la aurora de la eterna belleza que dora con sus primeros rayos las altas cumbres de la inteligencia: y luego, á medida que

el astro se eleva; es el día, es el esplendor del medio día. ¡Oh, entonces cuál se derrama la luz en el fondo de esta grande alma; y en el seno de esta luz qué gozo y qué estremecimientos! ¡Con qué arrobamientos ve el artista, beatificado por sus propias visiones, brillar delante de él su pensamiento, su pensamiento radioso, etéreo, celeste y en cierto modo divinizado por su contacto con la divina belleza! ¡Cuál lo mira y lo admira en su candor virginal! ¡Cuál lo ama en su belleza inmaculada! ¡Cuál se estremece con un santo y angélico alborozo bajo ese rayo hermoso y ardiente que le deja ver y sentir ese ideal no expresado aún! ¡Cuál saluda con amor esa belleza que parece visitarlo desde el fondo del infinito que es su eterna morada! ¡Qué cielo radioso y profundo se despliega ante sus ojos; y en el fondo de este cielo qué magníficas estrellas parecen levantarse y responder á su llamamiento, diciéndole: "venos aquí!" En esta hora afortunada, ¡qué de armonías cantan en él y cuál escucha con trasporte ese silencio armonioso que semeja á la música de los cielos! En ese silencio del alma cara á cara con su ideal, ¡qué de voces se le figura oír y cuán melodiosas son estas voces! ¡Qué acentos desconocidos: qué notas misteriosas: qué sonidos sin nombre! Se diría que es la voz de los ángeles que entonan á su oído celestes conciertos. Se diría una vision del cielo que baja á la tierra: es como un anuncio de la cercana encarnación de la belleza de Dios en una obra del hombre. La belleza divina en efecto va á descender en una melodía cantada por la voz ó en una imagen trazada por la mano del artista.

¡Oh sí! Yo comprendo esta hora encantadora y este momento beatífico en la vida del grande artista. Pero ¡ay! despues de la hora del gozo viene la hora de la tristeza; despues de la hora de la concepción de la obra maestra, viene la hora de su parto. Este

parto es muchas veces mas doloroso que el de nuestras madres; ¿cómo contarlo con todos sus misterios de angustias, de terror, de tristeza, de tédio, de abatimiento, de desaliento y algunas veces de desesperacion? ¡Brillante predestinado del arte, noble escogido de la belleza que ha seducido vuestro génio! Habeis tenido un sueño espléndido, y este sueño os ha dado sobre la tierra uno como presentimiento del cielo. Mas hé aquí que llega la hora dolorosa; la hora de hallarse frente á frente con los obstáculos que la materia y vuestra flaqueza juntamente, van á oponer á la expresion adecuada de vuestro pensamiento, y ya sabeis que no podreis vencerlos ó que no los vencereis sino á medias. Adicto servidor, amante apasionado y, si me atrevo á decirlo, religioso adorador de esa belleza divina que vuestro génio ha visto pasar á una luz tan pura, sabeis que esta belleza jamás la expresareis, á lo ménos tal como la habeis visto brillar en ese rayo desprendido del eterno foco. Luchador encarnizado, tenaz, intrépido, vais á emprender entre la materia y vos mismo una gran batalla, y segun la expresion de un brillante escritor, (1) estais condenado á perderla. Ese ideal que os llama y os atrae y tras el cual corre vuestro ardor á través de mil obstáculos, estais seguro de que no lo alcanzareis jamás; y aun cuando hubierais ejecutado una obra maestra, aun cuando la humanidad entusiasta os condujera en sus brazos hasta la cima de la gloria, sentís que seríais vencido hasta en vuestro triunfo; y aun cuando el mundo entero gritara en derredor de vos: "¡Victoria, victoria!" una voz mas fuerte que el ruido del mundo gritaría todavía dentro de vos: "¡Derrota, derrota!" Tal es, empero, el precio de las obras maestras. El artista luchará á pesar de todo esto; combatirá, si es preciso, cuerpo

(1) Ernesto Hello.